

México: los que, en sus trabajos, se ocupan de la recolección de la materia prima, a fin de poder ser elaborada en las fábricas de la zona. Los productos de la zona de la recolección, se venden en los mercados de la zona, a fin de poder ser elaborados en las fábricas de la zona. Los productos de la zona de la recolección, se venden en los mercados de la zona, a fin de poder ser elaborados en las fábricas de la zona.

México. — Plaza de la Constitución e iglesias catedral

COAGULACIÓN. — IV EN LA VIDA
 Historia política

LOMO SECUNDADO

Los productos de la zona de la recolección, se venden en los mercados de la zona, a fin de poder ser elaborados en las fábricas de la zona. Los productos de la zona de la recolección, se venden en los mercados de la zona, a fin de poder ser elaborados en las fábricas de la zona.



porque precisamente por nuestros hábitos y nuestra educación, será siempre quizás un argumento jurídicamente irrefutable. ¿Cómo probará nunca un gobernante que se hace reelegir, que no ha violado clandestinamente el voto público? Y como las violaciones del sufragio en los pueblos latinos, aun cuando sean sancionadas por el juicio del poder constitucional á ello destinado, no tienen por corolario, como en los pueblos sajones, un aplazamiento para la nueva lucha electoral, sino la protesta á mano armada y la revuelta, era claro que la decisión de Juárez de hacerse reelegir (decisión acertada, porque, de lo contrario, habría sido irremediable la anarquía) sería el prefacio de la guerra civil.

La actitud del general Díaz, la escisión entre Juárez y Lerdo, cosa tenida por imposible, tanto así parecían unimismados en propósitos estos hombres, y, á consecuencia de esto, la formación de una oposición parlamentaria que se acercaba á la mayoría, sostenida en la prensa con un talento, una pasión y un exceso de lenguaje temibles, señalaron muy á las claras la importancia de la crisis. El Presidente, firme en su propósito, resolvió afrontarlo todo; estimulado por una ambición, perfectamente humana, de conservar el poder, del que creía que podría hacer buen uso en favor de la consolidación de las instituciones y de la paz, á costa ciertamente de una guerra interior, que, lo repetimos, consideraba como la prueba suprema de la fortaleza del poder central; convencido de que su renuncia á la candidatura, único modo acaso de evitar la reelección, parecería una retractación de sus miras ó una deserción de sus deberes, cuando en realidad ninguna de las otras candidaturas podía aspirar al triunfo sino por el peso del grupo juarista yuxtapuesto á ellas, asumió, á la cara de la tormenta deshecha que amenazaba, su ya clásica imperturbabilidad; volvió á mostrarse el bronce que los huracanes llegan á hacer vibrar, pero que no alcanzan á conmover.

Y vino la tormenta, y furiosa, mayor sin duda de lo que se creía; en vísperas del período electoral, una asonada militar se hizo dueña de uno de los más importantes puertos del Golfo; el Gobierno pasó sobre la resistencia de la liga parlamentaria á concederle facultades extraordinarias, y ahogó en sangre la asonada. Las elecciones se verificaron; el pueblo, socialmente considerado, se abstuvo, como de costumbre, ó obedeció en pasivos rebaños á los comités políticos que lo encaminaban á las urnas; el país político, el interesado en la gran batalla del presupuesto, mostró inusitada actividad, pero los elementos de sedición y revuelta lo complicaban todo con su levadura de sangre y desolación. En la Cámara, por la voz de eloquentísimos tribunos, con el tono de los grandes días de los conflictos patrios, en los despachos mismos de algunos gobernadores, se anunciaba la apelación indefectible á la revolución. La sociedad burguesa de algunas capitales, á quien era profundamente antipático Juárez, que personificaba la Reforma y el desenlace trágico del Imperio, ó que, en su parte reflexiva, veía con incertidumbre y espanto la guerra civil, era secretamente hostil; y eso fué muy grave, pero estaba hasta cierto punto compensado con la devoción y la fidelidad casi total del elemento burocrático, que, por interés y miedo á la enorme turba de despojantes que militaba en las filas de los contrarios, ó por adhesión real al Presidente, á pesar de la falta frecuentísima de los sueldos, no extremó esta vez, por ventura, el trabajo terrible de disgregación y disolución que opera en los cimientos de todo gobierno insolvente. Detrás, como formando el telón de fondo de esta escena en que empezaban á desenvolverse anhelosos los episodios primeros del drama fratricida, los viejos cacicazgos tradicionales, á donde no podía llegar aún la acción del Gobierno y que se declaraban neutrales, pero que en realidad servían de reparo á la revuelta, los viejos cacicazgos de las sierras del Nayarit, de Guerrero, de Querétaro, de Tamaulipas, de Puebla, semejantes á enormes monolitos de granito embardnados de sangre, que recordaban las piedras de los sacrificios...

El resultado de la elección, en que el elemento oficial tomó parte descaradamente, era ineludible; el Presidente Juárez obtuvo mayoría absoluta, y Díaz y Lerdo compartieron con él, en proporciones distintas, el sufragio. No se había hecho la declaración cuando estalló en México mismo un motín que, si como fué desacertadamente combinado, hubiera sido dirigido por una cabeza medianamente previsora, habría tenido consecuencias decisivas y terribles. Por fortuna, nada supieron organizar los amotinados, y la represión fué fulminante. Todo era, en suma, un tristísimo prodromo de la lucha encarnizada que se anunciaba.

Después de la elección, la insurrección de todos los elementos militares y políticos de descontento tomó